

E/M/2

BIODIVERSIDAD

Un proyecto en Cantabria fomenta la apicultura como vía para salvar el hábitat de especies protegidas

Abejas que salvan osos y urogallos



Una abeja libando una flor de jara en un campo español. / JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

MIGUEL G. CORRAL / Cantabria

Enviado especial

«Nadie sabe exactamente lo que le pasa a las abejas», dice Rubén Varona, apicultor de la Comarca de Liébana. «En realidad, es una mezcla de cosas», aclara. Los productos químicos agrícolas, la aparición de agentes infecciosos, los parásitos, el bajo sis-

tema inmunitario que presentan las colonias... todo parece estar en contra de las abejas. Y por si fuera poco, el clima las azota con sus rarezas. Rubén está teniendo que alimentar artificialmente a sus cerca de 100 colmenas debido a la falta de floración que ha provocado la fría primavera que estamos viviendo. «Se muer-

ren de hambre», asegura el apicultor.

Pero no es un problema puntual de este año ni que sólo afecte a España. Ya en el año 2000, un informe de la Agencia Europea del Medio Ambiente alertaba de lo que hoy conocemos como Síndrome del Colapso de las Colonias. EEUU está perdiendo cada temporada un tercio de su

La prohibición de tres pesticidas en la UE da un respiro a la cabaña apícola

colonia apícola y en España las bajas oscilan entre el 20% y el 40%. El problema es serio y la UE ha prohibido tres pesticidas muy comunes debido a su efecto sobre estos insectos. Además, distintas iniciativas sobre el terreno están tratando de darle una nueva oportunidad a las abejas.

Sigue en **página 52**

EM2 / CIENCIA



Arriba, un apicultor extrae un panel de una de sus colmenas. Abajo, una abeja de la miel saca el néctar de una flor de arándano. / AFP / FAPAS

CONSERVACIÓN

● El 70% de los cultivos se dan gracias al trabajo de estos insectos

● Para la FAO, la polinización de las abejas vale 150.000 millones de euros

Viene de página 51

Hace años que los apicultores comenzaron a denunciar que el abuso de los pesticidas usados en la agricultura estaba diezmando las colonias de abejas. Pero se basaban sólo en sus observaciones de campo. Y estos productos químicos han seguido usándose durante años. Sin embargo, en 2012 dos estudios —uno británico y otro francés— publicados en la revista *Science* daban el primer aldabonazo científico contra el uso de los llamados neonicotinoides, un grupo de insecticidas utilizados en todo el mundo, España incluida, en cultivos de cereales, frutales y oleaginosas como el girasol.

A pesar de la oposición de la industria fitosanitaria y de parte del sector agrícola, la Comisión Europea logró a finales de abril el apoyo de una mayoría de países suficiente para prohibir durante dos años los tres pesticidas de esta familia más frecuentes en Europa. Los plaguicidas, fabricados por Bayer y Syngent-

ta, son clotianidina, tiametoxam e imidacloprid. La decisión ha sido bien acogida por científicos y ecologistas, pero se ha criticado la timidez de la Comisión para prohibirlos indefinidamente o, al menos, durante un periodo más largo.

«Las abejas se alimentan de polen y néctar, que recolectan además para criar a su prole. Si estos se hallan impregnados de insecticidas, los ingieren también y, si no mueren en un plazo corto, cosa que parece que sucede con los neonicotinoides, los transportan a sus nidos, donde afectarán al resto de los individuos», explica Concepción Ornos, del Departamento de Zoología de la Universidad Complutense de Madrid.

Pero el interés por las abejas excede la mera tarea de conservación de la biodiversidad. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés), de las cerca de 100 especies de cultivos que proporcionan el 90% de alimentos para 146 países, 71 son polinizadas por abejas. El propio organismo internacional estima el valor monetario anual de los servicios de polinización en la agricultura mundial en alrededor de 200.000 millones de dólares (unos 150.000 millones de euros).

Pero esa valiosa labor no sólo es llevada a cabo por la abeja de la miel (*Apis mellifera*). También los abejorros (especies del género *Bombus*) o las abejas silvestres (hay seis familias que suponen el 85% de las 20.000 especies que existen en el mundo) son excelentes polinizadores de cultivos y de la flora silvestre.

De hecho, tal es la preocupación por asegurar su labor de cara al futuro, que la Unión Europea, además de prohibir esos tres biocidas, ha encargado a un grupo de expertos

de todo el continente que lleve a cabo un proyecto auspiciado también por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (IUCN) para evaluar las especies de abejas europeas.

La polinización realizada por las abejas es fundamental para la biodiversidad. Albert Einstein pronosticó que «cuando se muera la última abeja, cuatro años después, desaparecerá la especie humana». La frase puede ser exagerada, pero cualquiera puede hacerse una idea de la impagable labor que desempeñan estos insectos leyendo la maravillosa obra *La vida de las abejas* escrita en 1957 por el Premio Nobel Karl von Frisch: «Las gotitas de miel que una abeja aporta a la colmena después de un vuelo de pecoreo, no representan una gran cantidad; su estómago no es más grande que un alfiler —de cabeza gorda—, y debe llenarlo en las flores y vaciarlo en la colmena unas sesenta veces para reunir la miel que cabe en un dedal. Pero la gotita de miel que le ofrece cada flor es todavía más reducida, y nuestra diminuta recolectora tiene que visitar de 1.000 a 1.500 flores de trébol para llenar una vez su estómago».

En la cornisa cantábrica, quienes se ocupan de la conservación del oso pardo y del urogallo saben muy bien el valor del trabajo de polinización de las abejas de la miel. Por ese motivo, el Fondo para la Protección de la Naturaleza (Fapas) ha puesto en marcha un proyecto en la comarca de Liébana, con la colaboración de la Fundación Banco Santander, para restaurar los ecosistemas de montaña a través de la apicultura.

«Es un proyecto demostrativo. Lo que más se busca es que en otras zonas de España vean que es favorable para el campo y para los pro-

La colmena móvil

Joaquín Morante, de Fapas, trabaja desde hace años en la conservación del oso pardo y el urogallo. Pero ahora lo hace de una forma muy diferente a la habitual. Suya es la idea de facilitar que los apicultores tengan acceso a zonas altas ricas en flores —entre 1.500 y 1.800 metros— gracias a un remolque capaz de transportar hasta 20 colmenas. Las abejas de la miel están prácticamente desaparecidas de la naturaleza en la cornisa cantábrica. Y las que desde siempre ha habido en los pueblos están desapareciendo debido al abandono rural. Por eso, han puesto 10 remolques a disposición de los apicultores que aún quedan en la zona y pagan una pequeña ayuda a quienes lleven sus abejas a las arandaneras. «Llevamos un año con el proyecto y ya hemos observado que los frutos son más abundantes y tienen mayor tamaño que sin la ayuda de las abejas», dice.

ductores de miel y puedan copiar la iniciativa», explica Roberto Hartasánchez, presidente de Fapas, mientras muestra las colmenas situadas en un punto estratégico.

Desde los años 70, la despoblación

y el abandono de los territorios ganaderos y agrícolas han puesto contra las cuerdas a uno de los frutos bandera de los bosques cantábricos: el arándano. Esta baya es clave en la alimentación del urogallo (*Tetrao urogallus*) y fundamental en la dieta del oso pardo durante los meses de agosto y septiembre. Pero la falta de abejas que polinicen sus flores y el desuso del territorio han reducido mucho la producción de estos frutos. «Tiene encanto que para proteger al oso y al urogallo nos centremos en las abejas. Tiene sin duda un componente de originalidad», dice el director gerente de la fundación

Banco Santander, Borja Baselga.

ORBYT.es

➤Vea el análisis de Miguel G. Corral sobre la crisis apícola.

